

LOS PIRINEOS ENVIUDAN

Joaquín Araújo

Todo paisaje es pareja de las criaturas que lo transitan. Todos los seres vivos han contraído nupcias con los escenarios donde despliegan su proyecto.

Y pocos lazos resultan tan intensos, tiernos, y al mismo tiempo liberadores, que los de la vida con sus soportes. Acaso por eso mismo la mejor manifestación vital es una declaración de dependencia, eso sí deseada, con relación a lo que te permite discurrir por la vida, a veces incluso gozándola. Porque sólo así, sabiendo elegir el lazo, se alcanza la suprema independencia. Esa liberación que otorga el sosiego de no agredir, sino todo lo contrario, a lo que te rodea.

Es lo que como nadie nos recordó Pedro Salinas con aquel verso: “Posesión tu me das de mí al dárteme tú.” Implícito queda el hecho de que tal entrega resulta imposible sin la reciprocidad de darnos a quien se nos da.

Si aceptáramos que ríos, árboles, animales y personas somos, insisto, consortes del mismo derredor, seguramente, nuestra capacidad de incompreensión y destrucción menguarían.

Interpretar que el paisaje funda una de las primeras y más sólidas formas del amor arreglaría muchas de las erradicaciones de la sensibilidad a la que nos hemos entregado en estos últimos tiempos. De la que los destrozos ambientales son la manifestación más cotidiana y masiva.

De ahí, obviamente, el título de estas líneas.

La feliz pareja que eran el oso y nuestra mayor cordillera ha quedado truncada. Violenta e inexorablemente una relación, de acaso más de mil siglos, se ha resuelto en catástrofe. Porque a veces los desastres son aparentemente peque-

ños, con protagonista individual, como en este caso, pero con tal cantidad de significantes a cuestas que su episódica culminación arrebatada de los horizontes de la vida todo un modelo de relaciones. Es decir, una larga historia de infinitas y complejas tramas que cae en la única muerte definitiva, la del olvido de un modo de saber estar en el mundo. Porque eso es lo que nos aporta culturalmente toda especie viva: su conocimiento de la vida.

Todo ello ha sucedido, precisamente, cuando se podía evitar. Cuando en tantos otros lugares, de incluso peores condiciones, ha quedado claro que es posible la convivencia entre osos, cazadores y ganaderos. Cuando toda sociedad culta incluye en su patrimonio los paisajes de la vida y sus parejas. Lugares que como los Pirineos deberían ser considerados poco menos que en su conjunto como bien público, escuela de viejas sabidurías y no menos escenarios para practicar nuestros propios encuentros con la vida en libertad.

Pero no se trata solo de “Canelle”. De que nos encontremos con un paisaje y con tres o cinco machos desoladamente viudos. Andan haciendo testamento, también, nuestros tímpanos; ante ese otro divorcio que el ruido ha solicitado para separar las armonías de los paisajes elevados. Es espeluznante el momento de Espe-lunciecha. Quiero referirme a la destrucción de uno de los valles más hermosos de Aragón.

En cualquier caso, desde Ambienta, y como respuesta a los aceptados desafíos por la conservación de nuestra multiplicidad vital y los elementos que la hacían posible, vamos a seguir luchando porque nuestros paisajes no sigan enviudando. 